

NUESTROS MONUMENTOS

LA CATEDRAL, MAS REFORMADA QUE RESTAURADA

Por Gerardo Alvarez Gallego.

Búsqueda y hallazgo de un Arquitecto Director, en el que se precisaban la audacia tanto como la técnica.- El primitivo proyecto consistía en poco más que embellecer el repello; pero el cardenal Arteaga topó con Cristóbal Martínez Márquez, que no le tuvo miedo al miedo...- Todas las bóvedas nuevas y de piedra funcional.- El grave error de la repavimentación.- ¡Fuera maderas, frisos, archivoltas y muros intermedios!- Las gradas del presbiterio y el altar mayor se han corrido hacia el fondo casi veinte metros.- Cambiado el trascoro.- Ahora la Catedral parece más grande, ofrece más clara perspectiva y tiene mayor capacidad.-... Pero aun falta el exterior, que debe sufrir otra clase de reforma.- El proyecto de hacer de la Catedral y el Palacio Eclesiástico una sola unidad arquitectónica.- ¡Hace falta un millón de pesos!

El 24 de febrero - fecha patriótica escogida adrede - los habaneros han podido sorprenderse gratamente, al ver la Catedral de La Habana, con sus dos siglos a cuestas, remozada y pimpante por dentro. Y asegurada para dos siglos más. Por esta vez, Fabio, no se cumplió la profecía versificada por Rodrigo Caro sobre las ruinas de Itálica, ni

las torres que desprecio al  
(aire fueron  
a su gran pesadumbre se  
(rindieron.

Resultado - ha de reconocerse - del tesón de un arzobispo cubano por el jus sanguinis y el jus soli: el cardenal Arteaga. Monseñor luchó bravamente por conseguir la subsistencia y el embellecimiento de la Catedral. Pero también debe consignarse que de no haber dado con el arquitecto Cristóbal Martínez Márquez, ganoso de gloria y acendrado de cubanía, las obras de reconstrucción se hubieran limitado al propósito inicial: apuntalar un poco el edificio; repellar de nuevo todo el adorno de las bóvedas y cúpulas; dar una lechada de cal a las capillas; arreglar superficialmente las tres naves... Nada más. Martínez Márquez concibió la obra de otra manera: había que echar abajo casi todo, y, después de radicalmente modificado el interior, acometer la reparación externa. Pero, al mismo tiempo, debía considerarse como una unidad arquitectónica la Catedral y el Palacio Eclesiástico de la antigua Cortina de Valdés. Era cuestión de ponerse afanosamente a la obra, sin pensarlo más. Desde luego, los 200,000 pesos con que se contaba, sólo alcanzarían para empezar...

La primera parte de la ejecución planeada por el arquitecto director, ha sido inaugurada el 24 de febrero. Fuimos a verla una mañana clara, sirviéndonos de guionaje gentil el arquitecto; pero dejándonos, a petición propia, la observación y el comentario por nuestra cuenta. Entramos. El bellissimo claustro que comunica la Iglesia con el Palacio está llenó del utillaje de albañiles, carpinteros y pintores. Se trabaja allí febrilmente, a toda velocidad. Nos in-

trodujimos en la Catedral. Después de algunas horas de visita, se escribe este reportaje que es mucho menos que una guía turística y un poco más que una información al uso. Reportaje en donde, como verá el que leyere, se habla un lenguaje de absoluta sinceridad personal.

Ya no hay artesanos....

Primeramente, debemos preguntarnos: ¿es una restauración la que se ha efectuado en la Catedral de La Habana, durante los dos años y cuatro meses en que permaneció cerrada al culto? No. "Restaurar - escribió Pérez Beato, y precisamente con motivo de las por él criticadas reformas catedralicias del año 1866 - es volver a poner alguna cosa en aquel estado o estimación que tenía". El interior de nuestra iglesia catedral no se ha restaurado. Afortunadamente... ¿Por qué, por ejemplo, merecían ser devueltas "al estado que tenían" unas bóvedas sin valor alguno, hechas de tabloncillo y yeso? Las seis son ya completamente nuevas, al igual que la cúpula. Y de piedra. Claro que de piedra funcional, y sin que se haya siquiera intentado cincelar en ella los temas barrocos que antes fingía, un poco grotescamente, la argamasa de cascote y cal. Hubiera sido imposible. Las catedrales, como se ha multi-repetido, son los poemas de piedra de la Edad Media. Entonces existía una menestralía de arte que comprendía a oficios plurales: unos trabajaban el duro azabache; otros repujaban blandamente la planta... Los imagineros, eran artistas de la talla. Se cultivaba el arte de la tapicería, de carácter más mecánico en sus procedimientos que el divino arte de Apeles. ¡Oh, los oficios varios de la cerámica y de la alfarería, y el tallado de las piedras precio-

sas a lo Benvenuto Cellini, y la forja del hierro, y la urdimbre de las ricas telas!... Pero, sobre todo, la artesanía que alzó hasta las nubes la filigrana de la piedra, estaba nutrida por legiones de canteros, de alarifes, de escultores, capaces de labrar argotantes como delgadísimas patas de araña; de alargar, torcer, hilar la piedra de las temerarias ojivas de las torres. ¿Quién en esta época - ni estando dispuesto a gastar todo el dinero del mundo - construiría la magia de un rosetón o la alta crestería de un doselete? ¿Y cuándo tiempo invertirían? Las catedrales fueron obra, a veces, de varias generaciones. Muchas manos y muchas mentes dejaron en ellas gotas de sudor o de sangre y destellos de genio...

Ni antigualla, ni rascacielos.-

Cristóbal Martínez Márquez, muy seguro de sí mismo, acometió sin miedo la obra de transformar, que no restaurar, la Catedral. Se dice muy pronto. No obstante, hubo quien renunció al intento, escapando de la quema como alma que lleva el diablo:

- ¡Yo no comprometo mi nombre en una empresa así de ardua!

Martínez Márquez la emprendió con audacia. Esa es la palabra: audacia. Y no sólo porque la Catedral de La Habana pudo cuartearse al levantar de nuevo la fábrica, techándola de piedra en una superficie de unos mil metros cuadrados, sino porque tuvo valor para acometer la empresa de arrumbar, sin contemplaciones, la florida archivolta italiana de la entrada, que afeaba horriblemente el templo, y hacer añicos los dos espesos muros laterales que, sobre empequeñecer la perspectiva de las naves, obscurecían la iglesia, y la aldeanizaban con su cal y su puertecita estrecha de paso como para filtrar persona a persona.

Acometió Martínez Márquez otros empeños bizarros que irán saliendo, si no se nos quedan en el tintero de este reportaje a vuela pluma. Pero el principal de todos fué éste: espantar los prejuicios, no tenerle miedo al miedo, oxigenar, ventilar, dotar de amplitud, capacidad, luz y lisa belleza, el que parecía todavía pequeño, sucio y oscuro ofertorio de Compañía; parroquial medrosa; iglesuca provinciana, vieja, sin ningún mérito; pero con todos los inconvenientes de la ancianidad... Y no se destruyó nada. Se tuvo el necesario atrevimiento de raer todo lo postizo y posterior a la primitiva fábrica, añadido por mal gusto esencial. Artefactos de madera, a veces tenidos en patriotero o exótico aprecio porque fueran hechos en La Habana, o porque imitaban estructuras de Bruselas; arcos de punto cerrado; frisos deplorables; miserable repello con el que se engordaron los basamentos de los dos machones de la entrada, quitándoles armonía a las columnas... Todo eso era horrendo. Y restaurarlo, hubiera sido tonto. La Catedral no es una joya arquitectónica. Pero si debe ser conservada y orgullosamente exhibida, es por el barroco de su fachada y, sobre todo, por el conjunto que compone la plaza evocadora en que se alza, que es la que le da verdaderamente emoción estética y sabor de época... ¡Pero dentro! Dentro no había casi nada digno de ser conservado. ¡En cambio ahora...! La perspectiva es otra, la claridad es otra, la capacidad es otra. Contempladla. No estáis en presencia de un camouflage que pretende sostener, para los ignaros, el falso prestigio de una antigualla sin más; pero tampoco de una iglesia americana, tan moderna, lamida y sin carácter, como el piso de alquiler de un rascacielo.

Como en el "Quijote".-

¿Reformas concretas que aclaran y expanden la Catedral? Recordad los adefesios de antes y vedla hoy. Esta información incluye algún ejemplo gráfico. Fijémonos, verbigracia, en el altar mayor. Lo de antes era espantable, dicho sea sin el menor ánimo de irreverencia. Hogaño han desaparecido los apatuscos, arrequives y revestimientos de cal, floripondio y cartón piedra. El trascoro se trasladó, con lo cual el altar mayor, de un lindo mármol trabajado en Italia y copiado de parte del templo de Minerva, resplandece hermosamente. Y como una Catedral no puede carecer de trascoro - ¿en dónde sestearían, según es fama, los señores canónigos? - se ha captado, a la izquierda, un espacio de la sacristía, todavía sin remozar, todavía muestra de la antigua cursilería catedralicia; pero en donde también entrará la piqueta demoledora, porque ni siquiera los cuadros - uno de ellos históricamente falso, y otro pegado en lienzo pintado - merecen la pena de cuidarlos demasiado. Unicamente el de Cristóbal Colón, que además está hecho sobre bronce y en 1478, según fecha al pie. Es decir que fue pintado 14 años antes de que el Gran Almirante se embarcara en la aventura del Descubrimiento.

Pero aun no es lo de más todo eso, en la reforma esencial y permanente que el arquitecto director ha logrado imponer en la Catedral de La Habana, gracias, más que a su técnica, a su buen sentido, y sobre todo, a la comprensión sin gazmoñerías del cardenal Arteaga, un purpurado de su tiempo. El único error fundamental es la repavimentación de 1.300 metros de superficie de valioso piso en baldosa y mosaico blanco y negro: tablero de damas impropio para

una catedral. Debió hacerse de piedra, aunque fuera funcional. Haber elevado el coro; hecho desaparecer los arcos cegados de las naves laterales; reducir a astillas al abundante e imponente maderamen; igualar los ocho machones del nartex central, proporcionando la bella repetición de motivos de los pilares, son en cambio, aciertos, Y el principal, a nuestro juicio, haber logrado que la Catedral se alargara y ensanchara, ganando luz, comodidad, aire y espacio... Ese sí fué el milagro. Y ahí sí que puso arte y técnica el arquitecto director. Porque la nueva dimensión se ha conseguido merced a muchos estudios y cavilaciones, que es como si dijéramos, con lenguaje del Quijote, a haberse pasado muchos días de turbio en turbio y muchas noches de claro en claro...

Capacidad, seguridad, modernidad.-

Martínez Márquez logró de verdad el ascenso de parroquial a Catedral, aunque digan los viejos cronicones que fué el obispo Felipe José de Trespalacios... ¿Cómo? Esto debe explicarlo él, con palabras de su propia cosecha:

- El efecto de perspectiva que ofrece ahora la Catedral - nos dice - se debe a que el altar mayor, que era el punto focal, se corrió unos diez metros al fondo de la pared e igualmente las gradas del presbiterio, que estaban muchos más adelantadas. Pero no se trata solamente de un efecto óptico. Es que en realidad, la longitud y la latitud de la Catedral resultan efectivamente mayores después de las reformas, porque las naves laterales se comunican, sin interrupción, con la central.

- ¿Y en cuanto a la seguridad del templo?

— Permanente - nos responde con una sonrisa y una mirada firme a través de las grandes gafas de un verde muy fuerte. Tenga en cuenta que tuvimos que construir un andamiaje que costó tres mil pesos. El trabajo fué difícil y de verdad peligroso. Hubo que hacer mucha obra de apuntalamiento para que no se cayera la Catedral. Para soportar el arco del coro, se le añadió un sobrepilar de metro y cuarto. Los contrafuertes que se han suprimido sostenían solamente los arcos objeto de demolición. Se terminó con las filtraciones. En suma, se ha dotado a la Catedral de capacidad, seguridad y modernidad.

— ¿Y ya está rematada la obra?

— No hemos hecho más que empezar. Se han gastado unos 275,000 pesos. Pero para una obra integral, que comprenda el exterior y el interior de la Catedral y considere como una unidad arquitectónica la Catedral y el futuro Palacio Episcopal, en el que ya se está trabajando, se necesitará muy cerca del millón de pesos.

— ¿Y se obtendrá ese dinero?

— No lo sé. Hasta ahora, lo que se hizo fué sufragado por un donativo del anterior Gobierno y los ahorros que en el presupuesto eclesiástico pudo lograr el Cardenal. Pero las economías con cargo a la diócesis significan cantidades exiguas. Puesto que la Catedral es monumento nacional, el Estado debe ayudar.

Ahora falta la fachada....-

Debe ayudar, sobre todo, a la reconstrucción - esta sí: reconstrucción - de la fachada, y quizás a dotarla de una escalinata propia del edificio. Visto lo que se ha hecho en el interior, puede ya tenerse confianza en lo que en el exterior haya de hacerse. No



es una gran Catedral la que poseemos. España no abrió en Cuba, como en otros países de nuestra América - México, Perú, Guatemala - las grandes páginas de la escultura cristiana que prestigian su solar propio. Sería insigne tontería creer que la Catedral de La Habana tiene algo que ver con el portento gótico de la de Burgos, Toledo o Sevilla, o con la visigótica de Valencia, o la bizantina de Zamora, o la barroca de Santiago de Compostela. Sin embargo, la Catedral de La Habana, un modesto rectángulo de 34 por 35 metros, repartido interiormente en tres naves y ocho capillas radiales, realiza un ejemplar barroco que, con el convento de San Francisco y la Iglesia de Paula, es la única herencia que nos legó la arquitectura colonial.

Más que por nada, la Catedral de La Habana debe tener para Cuba el valor de una presea mejor de lo que en realidad es, por su situación. Cierra bellamente una plazuela muy representativa. Desde el primer tercio del siglo XVIII, las ilustres casas de Lombillo, el marqués de los Arcos, el de Aguas Claras y el conde de Casa Bayona, la rodearon de edificios asoportados que aun hoy "evocan recuerdos de riquezas y esplendores lejanos". Sin ser monumental, como la de Salamanca, por ejemplo, tiene un raro sortilegio que encantó incluso a viajeros españoles, artistas, trotamundos y cruzamares, como Valle Inclán o Carmen de Burgos (Colombine).

Y por si todo esto fuera poco, tiene mucho de parecido, en su gestación y nacimiento - claro que no en su erección - con la Catedral de Reims. Como aquella de las próceres campanas, que ungió a los reyes de Francia y vió pasar bajo la estática inmovilidad de los profetas a Carlos VII - deslumbrado, inconscientemente, feliz - llevado de la mano por la Juana de Arco que hoy, en el pedestal de

la ancha plaza, enseña sus ojos sin luz y su espada melancólica, la Catedral de La Habana nació también de un vientre de roña y miseria. Su solar actual fué primitivamente una ciénaga. Sobre el centro corría el albañal, que iba a desaguar a la bahía, producto de la turbia riada fangosa que la torrentera de los días de lluvia arrastraba desde Empedrado, y aun desde la loma del Angel. Sobre los charcos negros, crasos de inmundicias, el sol hacía brillar irisaciones metálicas y el aire esparcía hediondeces venenosas. Los animales se revolcaban en el arroyo inmundo y las gentes habían de pasar por allí caminando con riesgo sobre unas gradas desiguales y estrechas. Vivían alrededor gentes de espada, villanos de sayo y bragas, sórdidas mujerucas y honrados artesanos en cuyos zaguanes se escuchaban golpes sin vigor de martillos sobre suela, sobre hierro... Y, un día, de pronto, el fervor ignaciano elevó un edificio para recoger los rezos de los fieles. La futura Catedral de La Habana había nacido.

Carteles, La Habana, marzo 12, 1950.



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

ORIGINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA